

poder superior á nuestras fuerzas. Siendo verdad que el orgullo es la raíz del pecado y la enfermedad del género humano, no puede haber duda en que el mundo no se curará, hasta que un poder sobrenatural no se incline misericordioso hacia nosotros. Nuestro poder basta para echarnos á tierra; el hombre cae inevitablemente cuando se envanece de su fuerza propia. Y le es imposible levantarse sin una virtud superior, y esa virtud, ese poder—aquí, por vez primera apuntamos la palabra que en lo sucesivo nos acompañará siempre, y que esperamos nos salvará—es la gracia misericordiosa de Dios.

## CONFERENCIA XXII

### EL ARREPENTIMIENTO

1. **El encarecimiento en las palabras.**—Una de las enfermedades más difundidas, pero—tenemos que confesarlo—una de las menos dañosas también, es la tendencia á exagerar. Hay en la familia un jovencito que hace moderados progresos en sus estudios; es de creer que saldrá bien de los exámenes. Más adelante en el baile y en el patinar; estuvo alguna vez en la escuela de equitación, y no sufrió ninguna caída. Lo que especialmente le distingue es su exterior; casi tan alto como su papá, le apunta ya el bozo; además tiene modales distinguidos. No carece de ingenio, ni hay peligro de que le perjudique la excesiva modestia. Basta eso para que sus tías, señoras que llegaron ya á esa edad en que se experimentan deseos de ejercer una maternal tutela, hablen sin cesar á sus conocidos del nuevo Salomón que hay en la casa. No tiene tanta suerte la hermana más pequeña. Es una niña llena de bondad, obediente, piadosa, modesta, pero su trato se resiente de cierta timidez en presencia de extraños; eso, que tan bien parece en una jovencita, le vale cada noche al acostarse amargas reconvenciones por tonta y por necia; hasta le dicen que es insufrible.

Ordinariamente, hablamos tan sólo en superlativo. ¿Qué no sucederá cuando algo provoque nuestra admiración? De esa manera se han hecho de moda esas ridículas expresiones de comparativo y superlativo, tan frecuentes, que ya no prestamos atención á su fatuidad. En las casas suelen quejarse de que los panes son ahora *infinitamente* pe-

queños. El entusiasta por el arte se pone fuera de sí ante el cuadro de *maravillosa* hermosura, ó al escuchar la voz *terriblemente* bella de la nueva *prima donna*. La dama nerviosa, no puede sufrir en su gabinete el reloj, porque hace un ruido *horrible*. El sobrino, al visitar á su tía, no acaba nunca de asombrarse de lo mucho que medró el gritador muchachuelo desde la última vez que le vió; le encuentra hecho un *gigante*. Federico es un chiquillo que hace unos cuantos días empezó sus estudios de violín. No podrá, como sucedía en los tiempos antiguos, enternecer las piedras ni producir frenesí en los hombres; pero su abuelita no tiene ya palabras con que decir á quien quiere oírle que es un músico *prodigioso*.

Todo eso no son pecados ni pasan de debilidades humanas bastante inocentes; pero basta que á esa tendencia se unan la impaciencia, la susceptibilidad, la ambición ó la vanagloria, para que fácilmente se conviertan en faltas, á veces graves, las que tan sólo eran debilidades. El docto que ha propuesto una lección nueva, el aprendiz de literato que publicó unos cuantos versos en un periódico, el sastre que inventó un medio ingenioso de coser botones y obtuvo patente de invención, quedan persuadidos todos de haber hecho mucho á favor de la civilización. Por el contrario, todo disgusto, toda ofensa, toda pena que nos alcance, se considera siempre como el más grave mal que pueda afligir á un hombre. Admitimos sin inconveniente que los demás también tienen sus sufrimientos, pero estamos persuadidos que en toda la tierra nadie hay más desdichado que nosotros. Claro es que cada cual está afligido por sus males respectivos, y es natural que los sienta más amargamente de lo que sentiría un mal que personalmente no le afectara; pero ¿no sabemos todos por experiencia que hay otros males muy superiores á aquellos que nos afligen?

**2. La única materia en que no es fácil.**—Sólo hay un sufrimiento en que nos parezca justo valerse de enérgicas expresiones. Aun se puede en esto, como veremos

después, incurrir en exageración; pero debemos admitir que no es probable en este asunto. Se trata de ese gusano roedor, que nunca muere, la conciencia de nuestra falta, en la cual tiene el espíritu vengador del orden divino un aliado muy terrible, porque es inevitable é inmortal. Recordando sus actos, se atormenta el espíritu con todas las torturas de un verdugo distinguido como inventor de crueldades; con todo eso, no ve el término de sus martirios; y lo que más le aterra es el pensamiento de que, después de una vida atormentada, continuarán, y más acerbadas todavía, las mismas penas para siempre. <sup>(1)</sup>

Muchos hay que creen decir algo importante cuando se burlan de eso, como de una locura, ó lo desprecian como una cobardía; <sup>(2)</sup> pero ningún consuelo dan así á quien sufre aquellas penas; sólo sirve para aumentar su amargura el que hagan chacota de sus dolores. Con verdad insuperable nos describe un poeta, en el pasaje siguiente, la situación de un malvado endurecido: «¡Oh! vil conciencia, cuánto me atormentas!... La antorcha brilla con cárdenos colores. Son las doce de la noche, la hora de los muertos, y un sudor frío baña mis miembros temblorosos. ¿Qué temo, pues? ¿Tal vez á mí mismo? Nadie hay aquí, más que yo, estoy solo. Debo huir; pero ¿de quién? ¿de mí?... Tiene mil lenguas mi conciencia; cada una me acusa de un crimen, y me condena por infame. Todos los crímenes, en sus más horribles manifestaciones, todos juntos, gritan en mi interior: ¡Eres un miserable reo!... ¡Oh! ¡Cómo se apodera la desesperación de mi espíritu!» <sup>(3)</sup>

**3. Tormento producido por la convicción de una justicia penal divina.**—Contra tales sentimientos, de nada sirven la burla ni la fanfarronería; menos aún toda tentativa de negar; sabe muy bien el pecador que hay una ley superior á él; sabe que no se la dió él mismo; sabe que no se dejó á su arbitrio la interpretación y la manera de

(1) Lucrecio, III, 1031-1035.

(2) Id., III, 1036.

(3) Shakespeare, *Richard III*, V, 3.

aplicarla. Y esa ley fué violada por él; pero no era una ley muerta, es una ley llena de fuerza y de vida; tan pronto como se falta á sus preceptos, se yergue para vengarse de quien la ha pisoteado ó la ha desconocido.

La fantasía de los pueblos revistió esa convicción en las terribles leyendas de espíritus vengadores, conocidos con los nombres de Erinnias, Furias y Larvas. Según aquellas leyendas de la humanidad, esas figuras siniestras están en acecho, todo lo ven, todo lo oyen y flagelan con serpientes á los culpables que les entregan como presa, los cazan con arcos y flechas, hasta que se rinden á su tenacidad infatigable.

No son esas meras convicciones personales ó preocupaciones hijas de la educación; sino que expresan la creencia de toda la humanidad de que existe una ley superior independiente del arbitrio humano, que no se deja atropellar impunemente. <sup>(1)</sup> Hasta los estoicos, que defendían la orgullosa doctrina de que el hombre es para sí su propia ley, reconocieron en las Furias los verdugos de que Dios se sirve para castigar á los transgresores de sus leyes. <sup>(2)</sup>

Si no pudieron olvidar esa doctrina los paganos, que creían en dioses sin santidad, llenos de parcialidad en sus afectos, tan fáciles de corromper y de engañar, ¿cómo podría tranquilizarse el pecador sabiendo perfectamente que vilipendia una ley superior á él, una ley dotada de medios coercitivos, una ley idéntica á la voluntad de Dios omnipotente y santísimo? Y ese Dios es eterno, y no cambia; <sup>(3)</sup> y ese Dios es justo, sin acepción de personas, no recibe dones; <sup>(4)</sup> y ese Dios es santo; aborrece el mal. <sup>(5)</sup> Hasta que haya sido aplacado, ¿quién podrá consolar al pecador? ¿Sería tal vez la dilación en el castigo? Pero él sabe muy bien que su Dios es eterno, y que por esa razón puede es-

(1) Preller-Plew, *Griech. Mytholog.*, (3) I, 686. Nægelsbach-Autenrieth, *Homerische Theolog.*, (2) 264.

(2) Plutarch, *Quest. roman.*, 51.

(3) Mal., III, 6.

(4) Deut., X, 17.

(5) Hab., I, 13.

perar. Si algo hay que deba hacer intolerable el tormento del pecador, es la paciencia de Dios. El niño que afligió profundamente á su padre y no tiene la menor duda de su justicia inexorablemente severa, experimenta mayor pena en tanto que guarda silencio; menos temor le produciría ver á su padre romper en vehemente cólera, que no aquella expectación muda y ansiosa.

¿Podría, mediante la fuga, sustraerse al juicio que le espera? Mas ¿de quién huiría? ¿Y á dónde? ¿Huiría de Dios? Pero la razón le dice: «¿Á dónde huiré para evitar tu presencia? Si subiere al cielo, tu allí estás; si descendiere al infierno, estás presente. Si tomare mis alas al salir el alba y habitare en las extremidades del mar, aún allí me guiará tu mano y me asistirá tu derecha». <sup>(1)</sup>

**4. El mayor tormento y el mayor castigo del pecador se hallan en la incapacidad de aniquilar su propia naturaleza.**—Y ¿de qué le serviría al pecador huir, aunque pudiera hacerlo, si le sería imposible huir de sí mismo? ¿Abandona su casa? El castigador le sigue. <sup>(2)</sup> ¿Vuelve á ella? Aquél le precedió ya. <sup>(3)</sup> Como quien sólo halla discordia y desabrimiento en su hogar, procura evitarse á sí mismo y se entrega á todo lo que puede procurarle distracciones. <sup>(4)</sup> Pero ni el gozar las vanidades terrenas, ni los placeres de la belleza y de los sentidos pueden satisfacer su alma; y aunque precipitara montes en ella, no colmarían el vacío que dejó lo infinito cuando se vió obligado á abandonarla. Cualesquiera que sean las cosas caducas ofrecidas al alma, ni por un solo instante dan tregua á su tormento. Y semejante á los lobos que persiguen anhelantes su presa, experimenta tanto mayor ansiedad cuanto que más pérdidas ve sus esperanzas.

Pero todo sería tolerable, la cólera de Dios, la propia desdicha, la maldición de los hombres y el odio contra sí

(1) Ps., CXXXVIII, 7 y sig.

(2) S. Agustín, *Joan. tract.*, 41, 4.

(3) *Ibid.*, Ps. 45, en. 3.

(4) *Ibid.*, 33, 2, 8.

mismo, con tal que la naturaleza le diera su aprobación; mas si el pecador despechado dice: Para nada me hace falta la felicidad y la satisfacción, puedo perfectamente vivir sin ellas, entonces la naturaleza le grita sin cesar: ¡Mientes! Y si acusa á Dios de que con sus mandamientos es la causa de toda la miseria que sufre, y en la que cree perecer, su propia naturaleza se rebela de nuevo contra semejantes blasfemias.

La maldición del pecador consiste en que no puede jamás destruir su naturaleza, y que ésta se pone siempre de parte de Dios y de la ley. Tan imposible es desmentir la naturaleza como impedir que el agua fluya hacia abajo. Puede ser detenido durante algún tiempo el torrente que se precipita de la montaña; pero no por eso dejará de romper con mayor ímpetu los diques. Verdad es que procuran tranquilizarse diciendo que sólo se trata de preocupaciones, consecuencias de una educación falsa, resultado de épocas tenebrosas, degradaciones de la naturaleza; todo es inútil. Nadie pretenderá que el ingeniero, al regular el curso del río, dió al agua la tendencia á descender siguiendo el desnivel del terreno; la tiene por naturaleza, y por eso ningún poder sería capaz de quitársela. Tan natural es el malestar que el pecador experimenta. Por más que haga cuanto le sugiera la perspicacia de la mala conciencia, encontrará siempre confirmadas en su corazón las palabras de la Escritura: «Mas el que pecare contra mí, dañará á su alma». <sup>(1)</sup> Un pecador arrepentido lo atestigua con frases que le inspiró su propia experiencia: «Me alejé del Señor, que me salvó entre oprobios; pero me engañé á mí mismo siendo infiel». <sup>(2)</sup>

**5. El pecado, la más grave de las ilusiones y la mayor desgracia.**—¡Si á lo menos el pecador obtuviese algún provecho de su conducta! Pero el mundo promete mucho y da poco. El pecado á su vez, todo lo promete y no da nada.

(1) Tob., XII, 10. Prov., VIII, 36.

(2) Ulrich von Singenberg, 28, 1 (Hagen, *Minnesinger*, I, 289).

¿Qué tiene el pecador después de cometida su mala acción? Si decimos: Nada, no habremos dicho la verdad. ¡Cuántos se considerarían como felices, si no tuviesen nada, si no fuesen nada! La decepción es amarga. No encontrar nada en donde todo se esperaba, quebranta mucho. Haber perdido cuantiosos y magníficos bienes creyendo adquirir algo mejor; ver en seguida perdidos los primeros y hallar en los otros un desengaño, es insufrible. Pero haber adquirido á cambio de aquella pérdida el más acerbo tormento, reproches inextinguibles, una inquietud continua, eso es peor que todo lo demás. Y en tales condiciones se encuentra el pecador.

La cólera divina se arma contra él, su propia naturaleza está profanada, su conciencia le acusa, su razón le llama insensato porque arrojó fuera de sí lo mejor que tenía, la paz, el honor, y porque malgastó su vida; en tales condiciones ¿no sería tentado por la desesperación? El cielo está cerrado para él, bajo sus pasos se abre el abismo; en su interior lleva, según la exacta frase de Boehm, el gusano roedor, la cámara de tortura. ¿No debe hallarse en el mismo estado que el infeliz de que se habla en el relato de la caverna de serpientes que todos conocemos? Un antiguo poeta inglés, á quien la ceguera física abrió los ojos del alma, Tomás Blackok, describe ese estado del siguiente modo: «¿Cómo tiembla de pavor el malvado, surcado el pálido rostro por las penas! Para él en vano alumbra el sol; su luz le parece oscura; no tiene á sus ojos encanto alguno la campiña, y encuentra desolados los valles y los montes, para él es un tormento el plácido murmullo de los ríos, los prados se cubren de flores sin olor, y hasta el aire le niega su grata frescura. Ve negro el cielo y marchita toda belleza. ¿Cómo le aterran los fantasmas si la noche le coge solitario! Siente al andar que vacila el suelo, le parece oír un gemido en cada hoja, y en las tinieblas que envuelven su alma ve pasar en fantástica danza legiones de espíritus». <sup>(1)</sup>

(1) Chambers, *Cyclopædia of english lit.*, (4) I, 696.

No hay en estas frases exageración, ni son descripciones inventadas á capricho por quienes juzgan conforme á sus propias ideas el estado del pecador, sino que corresponden á la amarga realidad. Tendría que ser un santo y no haber cometido jamás falta alguna, quien no hubiese encontrado en sí confirmados los proverbios: Pronto se hace lo que después se lamenta largo tiempo; <sup>(1)</sup> suele pagarse con amarguras lo que se encuentra dulce al beber; <sup>(2)</sup> goce embriagador, remordimientos acerbos; <sup>(3)</sup> los pecados entran con risa y salen con lágrimas. <sup>(4)</sup> Todo juez de instrucción que entienda sus deberes sabe que su mejor medio de información es el estado interior del criminal; el malhechor más endurecido no procede jamás de un modo normal después del crimen. Si con esa infalible señal no es descubierto, únicamente á la ignorancia en el arte de conocer á los hombres deberá su salvación.

No hablamos aquí ni siquiera de esos grandes criminales, asesinos, perjuros, profanadores de templos; aun el pecado que Dante coloca en el círculo primero y más benigno del infierno, ese pecado que parece dar más placer y dulzura á la vida, la hace insufrible. Esas víctimas infelices de la lujuria no pueden tolerar su nombre deshonorado, el último recuerdo de su madre, los votos de su juventud, los dichosos días de inocencia. La mitad de ellos, según los datos de la estadística, se dan cada año un nombre falso; no se atreven á presentarse en el sitio que fué testigo de su pecado, como si temiesen que declarase contra ellos; no se determinan á respirar el aire en que arrojaron su mayor, y tal vez su único bien, la inocencia; es como si temiesen haberle infeccionado con su acción. Cambian de domicilio hasta veinte veces dentro del año; el veinticinco ó treinta por ciento no pueden ya ni tolerar la vida, y con repetidas tentativas de suicidio, procuran librarse de una

(1) Kœrte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 5084.

(2) Wander, *Sprichwörter-Lexikon*, IV. 981, 11.

(3) Graf und Dietherr, *Deutsche Rechtssprichwörter*, 7, 581.

(4) Düringsfeld-Reinsberg, *Sprichwörter der roman. und german. Sprachen*, II, 231, n.º 414. Kœrte (2), 7263.

existencia que, por su conducta, les parece más horrible que la muerte. <sup>(1)</sup>

Tales son los frutos del mal, no ciertamente inventados por los moralistas, sino madurados en realidad por el pecado; frutos que pueden ser comprobados, y que valúa en cifras la árida estadística. ¡Qué miserias interiores no ocultará el corazón, miserias que no pueden ver los ojos, y que sólo conoce quien las experimenta! Se habla de un criminal que durante catorce noches no pudo dormir, ni aún habiendo tomado cuarenta dosis de opio. <sup>(2)</sup> ¿Quién no encontrará natural que semejante estado acabe por fin en locura?

Cuando, conforme al espíritu insensible del paganismo, los antiguos consideraban cada caso de locura, y especialmente la más horrible forma de enajenación mental, el suicidio, <sup>(3)</sup> como castigo divino por un pecado cometido, evidentemente no estaban en lo cierto, pero es verdad indudable, según demuestra la estadística con espantosas cifras, que muy á menudo conduce el pecado hasta aquel abismo. «Todo pecador, dice el proverbio, es su propio verdugo». <sup>(4)</sup> ¿No tendremos, pues, razón en llamar contraria á la naturaleza una ilusión que casi naturalmente va á parar en la demencia?

El pecado es vana ilusión; mejor que nadie lo sabe el pecador, que ve siempre trocadas sus esperanzas en desencanto. Pero una ilusión que lleva al hombre hasta la destrucción de la vida, es contra naturaleza, destructora, mortal. Si una montaña cayera sobre el pecador, ¿podría hacer más que destruirle?

#### 6. El medio único y breve de librarse de este mal.

—Pero lo indudable es que el hombre no sería capaz por mucho tiempo de sufrir grandes padecimientos espirituales. Se pueden tolerar dolores físicos cuando hay tranqui-

(1) Ettingen, *Moralstatistik*, (1) 479-482.

(2) Schubert, *Gesch. der Seele*, (4) I, 345.

(3) Hartung, *Religion der Römer*, I, 68-71.

(4) Graf und Dietherr, *Deutsche Rechtssprichwörter*, 6, 215.